

ESTRATEGIA POLITICA Y SUPERVIVENCIA

Consideraciones para una valoración histórica del fenómeno etolio en el siglo III a. de C.

Francisco Javier Gómez Espelosín

Tras una somera lectura de las páginas que Polibio dedica a la historia de Grecia del siglo III, especialmente en su parte final, se tiene la impresión de que el papel que los etolios desempeñaron durante todo este período no fue otro que el de los verdaderos enemigos públicos para el resto del mundo heleno. Gozaron de una absoluta falta de popularidad, que apenas queda compensada en el cómputo general de los datos por alguna que otra mención de su pericia militar. Esta ausencia casi completa de huellas dignas de una mejor memoria contrasta de forma sorprendente con el destacado lugar histórico que ocupó la confederación etolia a lo largo de la primera mitad del período helenístico. No parece que su causa haya figurado en efecto como tema central de algún historiador contemporáneo o posterior, suerte que ni siquiera han corrido las *bestias negras* de nuestra tradición historiográfica. Tal fue el caso de la Esparta revolucionaria de Cleómenes III, que debió encontrar en la persona de Filarco a un encendido apologeta, o de los grandes monarcas helenísticos enemigos de Roma, Filipo V, Antíoco III, Perseo o Mitridates VI del Ponto, que también contaron con historiadores favorables a pesar de que su testimonio no haya conseguido llegar hasta nosotros(1).

Bien es verdad que Etolia era un país culturalmente atrasado donde no debió de prestarse mucha atención al cultivo y desarrollo de las letras(2). Pero es que ni siquiera su prolongado dominio de casi cien años sobre un lugar de tan reconocido prestigio internacional como Delfos tuvo una repercusión favorable en este sentido(3). De este modo, para llevar a cabo una reconstrucción global de su historia hemos de conformarnos con las noticias dispersas que contiene el relato histórico de un político enemigo o con el formulismo técnico de algunas inscripciones conmemorativas, que son más bien reflejo del temor que causaban sus piratas y bandidos que muestra de estima o consideración verdaderas. No resulta extraño por tanto que nos hallemos ante un entramado histórico repleto de trazos oscuros, de reproches continuos, de recelos y hasta de una cierta inquina, que desde luego no constituyen los fundamentos ideales para abordar con un mínimo de garantías una investigación objetiva de su comportamiento.

Nuestra visión de los etolios depende en buena medida del testimonio fragmentario de Polibio,

que en ningún momento oculta su franca antipatía por ellos y recarga las tintas muy posiblemente siempre que el tema o la ocasión se lo permiten(4). No debemos olvidar que se trataba a fin de cuentas de un destacado miembro de una potencia rival, la confederación aquea, y esta circunstancia no propiciaba precisamente su neutralidad objetiva al tratar el tema. Había utilizado además como fuente de información hasta el año 220 las Memorias de Arato de Sición, impulsor principal de la idea de convertir a la confederación aquea en el poder hegemónico de todo el Peloponneso(5), y Arato fue sin duda un enemigo enconado de los etolios, que constituían junto con Esparta los obstáculos más firmes a su iniciativa. Incluso hubo de vérselas con ellos en el campo de batalla y a veces con resultados tan desastrosos como el de Cafias en el año 229, donde los etolios le infligieron una severa derrota(6). Polibio llega a mencionar de forma expresa los enormes deseos que Arato sentía de combatir a los etolios, con motivo de las viejas cuentas pendientes que mediaban entre ellos(7). También se sirvió de ellos para justificar su petición de ayuda a Macedonia en la guerra contra Cleómenes temiendo la posible reacción contraria que un paso semejante podía despertar entre sus propios conciudadanos y aliados. Su política precedente, que se había basado en la eliminación de todas las tiranías auspiciadas por Macedonia como forma de aumentar el número de miembros de la confederación, quedaba así en un claro entredicho(8). De esta forma no halló otro procedimiento mejor de ahuyentar los recelos que avivar el temor a una posible entente etolio-espartana que daría al traste con las aspiraciones aqueas. Arato por tanto no parece tampoco una fuente de información con las suficientes garantías de objetividad, dado que estaba haciendo referencia a unos acontecimientos contemporáneos que comprometían directamente cuestiones tan decisivas como su propio prestigio militar y la realización de sus proyectos políticos.

El testimonio de algunas inscripciones tampoco nos ofrece perspectivas mucho más esperanzadoras. Al numeroso grupo de concesiones de *asylía*, que no hacen sino poner de manifiesto el temor que los piratas etolios suscitaban por todas partes, se vienen a añadir algunos ejemplos especialmente significativos. Así un epigrama de Epidauro que elogia la actuación de Filipo V por haber infligido numerosos males a etolios, eleos y lacedemonios o la inscripción procedente de la ciudad arcadia de Alifera, en la que se alaba también la intervención del mismo monarca por haber librado a la ciudad de unos piratas etolios(9). Ello nos lleva a pensar que no es quizá sólo fruto de la casualidad que la primera noticia que tenemos de la confederación etolia como tal sea precisamente una inscripción de estas características, en la que se menciona la ruptura de una tregua sagrada por parte de una ciudad etolia, que ha quebrantado así las leyes comunes de todos los helenos(10).

Hemos no obstante de reconocer que se trataba de un país ampliamente desconocido y desde luego marginal a las corrientes principales por las que había ido discurriendo la historia griega durante los siglos precedentes. En plena época clásica, Tucídides se había visto obligado a hacer referencia de oídas *-hōs légontai-* a costumbres suyas tan primitivas como el consumo de carne cruda o el llevar armas continuamente y a la extrañeza de su lengua, y Eurípides, en su obra *Las Fenicias*, se había atrevido a calificarlos de *meixobárbaroi*(11). Las cosas sin embargo no debieron cambiar mucho en época posterior cuando vemos que los reproches que les dirigen Filipo V o el general romano Manio Acilio siguen apuntando en esa misma dirección(12). Las difíciles condiciones geográficas del país no favorecían precisamente la comunicación con el resto de la Hélade y suponían un obstáculo para el desarrollo de formas de vida típicamente helénicas(13). Un rasgo tan característico en este sentido como era la estructura políada, faltaba en Etolia o no era al menos su forma de organización más generalizada. Tucídides ya notaba en su relato de la expedición ateniense al país durante el curso de la guerra del Peloponneso la casi total

ausencia de entidades urbanas. Vivían según el historiador "en aldeas sin fortificar y muy distantes entre sí"(14). Esta situación no debió variar mucho cien años después cuando Diodoro, al referir la invasión de Etolia por Antípatro y Crátero, vuelve a indicar que sus habitantes buscaron el refugio de las montañas al no contar con las fortificaciones necesarias que les pudieran proteger(15). Casi un siglo más tarde volvió a repetirse esta circunstancia cuando Filipo V atacó el país y unos años después Publio Escipión menospreció el asedio de las ciudades etolias por no considerarlas dignas de este esfuerzo(16). La arqueología viene a confirmar esta situación en buena medida. Se ha comprobado en efecto la ausencia de recintos fortificados que puedan considerarse anteriores a la época helenística, a excepción quizá de Calidón, y es igualmente probable que los centros más importantes fuesen fortificados tras la mencionada incursión de Filipo V debido al impacto emocional que produjo en sus habitantes un sentimiento de indefensión semejante(17). La misma falta de grandes centros urbanos en el propio corazón político y étnico de la confederación en sus años más florecientes, constatada ya por los primeros estudiosos de la topografía del país(18), y su concentración en zonas más bien periféricas resulta igualmente significativa en este mismo respecto(19).

La estructura política de la confederación etolia presentaba también ciertos rasgos arcaizantes que la diferenciaban de la mayor parte del mundo griego. Los amplios poderes legislativos que el ejército en campaña tenía a su cargo, la celebración de sus dos asambleas generales asociadas a fiestas religiosas ancestrales, la función de capital de la liga que asumía el santuario de Termo o el mismo consejo de los *apókletoi*, constituyen buenas muestras significativas(20). Sin embargo, con todas sus particularidades o quizá a causa de ellas, la confederación etolia se fue convirtiendo poco a poco en una de las potencias griegas más importantes de la época helenística y por tanto es probable que este ascenso casi imparable de un estado de estas características tan primitivas suscitase una cierta prevención general por todos los lados, que en muchos de los casos no debió estar exenta de ese temor que experimentan los pueblos más avanzados hacia formas de vida más ancestrales por la amenaza que representan para el desenvolvimiento normal de las prácticas civilizadas más corrientes.

La confederación etolia constituía además una potencia militar de considerable envergadura, con la que era preciso contar en el concierto internacional de fuerzas. Su caballería era considerada una de las más destacadas de toda Grecia y sus éxitos militares habían alcanzado una especial resonancia por todas partes por lo decisivo de sus intervenciones(21). Su ayuda a los atenienses cuando se sublevaron contra Casandro, su actuación en la invasión gala del 279 o su participación en Cinoscéfalos, resultaban más que sobrados timbres de gloria para un historial tan corto. Su carácter fundamentalmente marcial quedaba confirmado por la primacía política del estratega o por la vinculación directa de las dos principales asambleas generales de la liga con el principio y el final respectivamente de la estación del año más adecuada para el desarrollo de las campañas militares. La primera de ellas, que tenía lugar en primavera, no contaba además con un lugar de reunión determinado, sino que dependía siempre de las necesidades estratégicas de concentración de tropas con vistas a la campaña inminente a llevar a cabo. La segunda sin embargo, que se celebraba en otoño cuando las operaciones se habían dado por concluidas, se ubicaba de forma fija en el santuario de Termo, capital y centro religioso de la confederación. El lugar reunía unas condiciones magníficas de seguridad a causa de lo escabroso del terreno circundante y de las dificultades consiguientes que presentaba su acceso. De hecho allí depositaban los etolios sus bienes de mayor valor al considerarlo como la acrópolis de Etolia(22) y cuando Filipo saqueó el lugar en sus dos incursiones encontró una enorme riqueza y un tipo de

ajuar que resultaba excepcional en el resto del país(23). Allí consagraban su gloria los caudillos militares etolios mediante la dedicación de las armas, testimonio señero de su afán de triunfo(24).

Las condiciones defensivas del país eran desde luego considerables debido a la condición montañosa y abrupta de buena parte de su territorio, con algunos lugares que resultaban incluso inaccesibles para un ejército regular, que siempre estaba expuesto además a las fáciles emboscadas de sus habitantes. Las dificultades que afrontó Filipo V en sus dos ataques, aún a pesar de la facilidad relativa con la que consiguió sus objetivos, son un buen refrendo de lo dicho. Polibio de hecho insiste en recalcar el mérito de una hazaña, que no había sido realizada hasta entonces por ningún otro(25). Estas ventajas defensivas habían servido anteriormente para garantizar su independencia durante el turbulento período de los diádocos, a pesar de haber tomado parte activa en los conflictos que se desataron y haber sacado incluso algún beneficio de ellos(26). Su territorio sirvió de refugio a muchos fugitivos y exiliados de otras partes de Grecia, que debieron hallar en él ciertas garantías de protección contra cualquier intento de captura por parte de sus enemigos. Así a los casos de conocidos personajes como el regente macedonio Polipercón, el espartano Licurgo o el rey atamano Aminandro, se sumaron muchos otros de menor relieve que encontraron en Etolia cobijo cuando se vieron obligados a salir de sus patrias de origen(27). Quizá también siguieron este mismo camino muchos otros, simples piratas o bandidos, que vieron en Etolia las condiciones apropiadas para hacer de ella una tierra de promisión y amparo. La alusión frecuente en muchos de los decretos de *asylía* a "*los que habitan en Etolia*", hasta el punto de que casi llega a convertirse en un formulismo habitual(28), quizá refleja el temor generalizado en todas partes a los numerosos indeseables que podían hallar en Etolia una perfecta base de operaciones.

La piratería y el bandidaje constituían probablemente uno de los principales soportes de la economía etolia, una economía en muchos casos de mera subsistencia que daba así salida a buena parte de su potencial humano, que de otra forma no encontraba unas perspectivas más favorables en el propio interior del país. Ya se ha dicho que las condiciones de su territorio no eran precisamente las ideales para el desarrollo de una vida agrícola sedentaria y por ello las razzias y correrías sobre los estados vecinos habían constituido desde tiempos inmemoriales la forma de vida más habitual para un amplio excedente poblacional, que se había visto obligado a emigrar, en otras partes de Grecia, en busca de nuevas tierras(29). Sin embargo, el único tipo de emigración que conocemos en Etolia es la de sus mercenarios, que iban siempre a la búsqueda de las mejores condiciones al servicio de los grandes monarcas helenísticos. Llegaron incluso a desempeñar altos cargos en el mando de sus tropas gracias a su probada destreza y a sus conocidas habilidades militares(30). No debe por tanto extrañarnos que los rasgos característicos de toda su *política exterior* sean un afán agresivo y expansionista y el deseo de conseguir botines cuantiosos, cuya venta les proporcionaba los recursos necesarios para su forma de vida(31). Es probable que existiera también un modo de vida más regularizado en todo el país, y algunos indicios parece que hay de ello. Sin embargo el éxito apabullante de Escopas en su intento de alistar mercenarios para el gobierno egipcio, hasta el punto que hubo necesidad de restringir su número por el miedo de los dirigentes a que se despoblase el país(32), deja bien patente, aún dando por sentada la más que probable exageración de nuestras fuentes, hacia qué lado se inclinaba la balanza.

Su *modus vivendi* estaba por tanto organizado en buena medida sobre la base del saqueo y de la expoliación continuada de sus vecinos. Sus incursiones y ataques sobre los territorios acarnanio y epirota se sucedieron casi de forma ininterrumpida, creando como consecuencia un estado

de temor y recelo generalizados en ambos países, que se refleja en los deseos de venganza acarnanios y en la prudencia epirota a la hora de declararles la guerra, asegurándose previamente de la participación macedonia en la misma(33). El Peloponeso constituía igualmente otra de sus zonas habituales de depredación. Separado de su territorio por el golfo de Calidón, las ligeras naves etolias cruzaban sus aguas, habitualmente por Rion, en busca de botín casi como costumbre(34). Contaban para ello con una magnífica base de operaciones en la isla de Cefalonia, cuya posición la convertía en un enclave táctico de primera línea(35). Los esfuerzos de Filipo V por hacerse con el control de la isla y la negativa romana a incluirla entre los términos de su tratado de paz con Etolia, hablan por sí solos de su enorme importancia estratégica y de las posibilidades que su dominio podía reportar(36). Sin embargo para emprender operaciones de mayor envergadura más allá de la mera razzia costera, era preciso contar con bases de apoyo dentro del propio suelo peloponesio, que les permitieran extender sus actividades por zonas más alejadas de la costa y que sirvieran a la vez de lugares de refugio en caso de retirada forzosa. Parece que fue éste el papel que desempeñó Elide, su aliado más fiel de toda la región. Sabemos en efecto que desde su territorio los etolios llevaron a cabo continuas incursiones sobre las zonas colindantes de Acaya, en especial Dime, Tritea y Faras, y de Sición(37). Para ello la región les ofrecía algunas plazas de considerable interés estratégico como es el caso de Cilene, lugar inmejorable para un desembarco, o Psófide, situada sobre el río Erimanto y rodeada en tres de sus flancos por impetuosas corrientes de agua(38). El interés de Filipo V por la conquista de ambos lugares es otra vez buena prueba de su importancia en este sentido(39).

Sin duda hay razones suficientes para suponer una base bien cimentada históricamente a la relaciones eleo-etolias a más de su pretendido parentesco legendario, mejor o peor fundamentado. La colaboración etolia en el derrocamiento del tirano local Aristótimo, dando refugio a los exiliados y prestando su apoyo en la trama conspiratoria que acabó con su vida y su gobierno, es una muestra clara(40) y también lo es el apoyo sin paliativos que los eleos prestaron a los etolios durante la guerra social, desatendiendo las buenas condiciones de paz que Filipo V les ofrecía(41). Sin embargo es igualmente probable que mediara una buena dosis de verdad en el motivo expuesto por Polibio como causa principal de la amistad eleo-etolia, como es el interés de los últimos por utilizar el territorio de los primeros como base de operaciones para sus rapiñas en el Peloponeso(42). Parece en efecto que los eleos también obtenían su parte de beneficios en las campañas de saqueo que los etolios llevaban a cabo sobre los territorios limítrofes, llegando incluso a tomar parte con sus propios contingentes en las incursiones, aunque bajo mando etolio. Así nos lo deja suponer la insistencia elea en reclamar de nuevo la presencia de un general como Eurípidas, que había conseguido durante su mandato importantes botines, frente a la inoperancia de su sustituto Pirrias que sólo había acumulado fracaso tras fracaso, originando de esta forma el natural descontento de los eleos(43).

También Mesenia desempeñaba un papel similar dentro del engranaje de la política depredatoria de los etolios en el Peloponeso. Por una parte el propio país constituía una región propicia para el saqueo debido a su riqueza y al hecho ocasional de que su territorio era uno de los pocos que no habían resultado dañados por los trastornos de la guerra cleoménica, que había perturbado de forma considerable toda la vida económica del Peloponeso (44). Los bandidos y piratas etolios operaban desde la base de Figalea con el consentimiento -si no el apoyo- oficial del estratega etolio en la zona(45). Así, cuando los aqueos solicitaron la participación mesenia en la guerra social de su lado, recibieron como respuesta inapelable que Figalea les fuera arrebatada a los etolios, señal evidente de sus temores a este respecto(46). Sin embargo también

había otras ventajas en la inclusión de Mesenia dentro de la zona de influencia etolia como era la posibilidad de extender su radio de acción hacia zonas más alejadas como la misma Esparta. El otrora poderoso estado lacedemonio atravesaba por unos momentos de confusión interna y debilidad en los años que siguieron a las frustradas reformas del rey Agis IV hacia finales de los cuarenta. Y es probable que fuese precisamente a finales de esta década cuando los etolios realizaron una incursión de cierta envergadura contra el territorio espartano, llegando incluso a saquear en el curso de la misma el santuario de Poseidón en el cabo Ténaro. Los etolios supieron aprovechar la coyuntura favorable y obtuvieron de su ataque un importante botín, que si bien Plutarco exagera sus dimensiones, cabe descubrir sus efectos en el recuerdo traumático dejado en la mente de la mayoría de sus habitantes(47).

Otras regiones algo más alejadas como Tesalia, Magnesia o Perrebia constituyeron también sendos objetivos de la rapiña etolia. Sus territorios eran campos ricos para el saqueo y los etolios dirigieron en repetidas ocasiones sus miradas hacia ellos(48). Sin embargo también en este caso les era preciso contar con bases operativas dentro de la propia región que les facilitaran una mayor operatividad táctica en sus incursiones, dada la lejanía relativa respecto de sus puntos de origen. Parece que fue Tebas de Plótide una de las que debió desempeñar semejante función. Su inmejorable situación para este cometido, pues "*se dominaba desde ella ventajosamente Tesalia y Magnesia*"(49), y su enorme valor estratégico, del que constituyen buena prueba los denodados esfuerzos de Filipo por conquistarla (50), convertían a esta plaza en el lugar indicado para las pretensiones etolias(51).

También las islas del Egeo y las costas minorasiáticas sufrieron con frecuencia el ataque de los piratas etolios, según nos lo dejan ver los numerosos decretos de *asylia* concedidos por la confederación a islas y ciudades(52). La presencia activa de los etolios en la cuenca del Egeo la conocemos también por otras referencias sueltas como la mención de una guerra con los samios, su participación en el derrocamiento del tirano de Casandrea, Apolodoro, las actividades de Dicearco al servicio de Filipo V o su alianza ocasional con cretenses e ilirios, asiduos practicantes de la misma actividad(53). El lento declinar del poderío naval lágida durante el primer cuarto del siglo III había ocasionado un considerable vacío de poder en todo el Egeo, que favorecía de forma clara el recrudecimiento de las actividades piráticas. A esta circunstancia se vino a unir también la mayor facilidad de acceso de los etolios a las costas de la vertiente egea, gracias a los avances territoriales que habían conseguido en Grecia central(54). La amenaza general que esta plaga significaba para todos los estados ribereños sólo resultaba paliada parcialmente por el tipo de concesiones antes mencionado, dado que si bien dichos estados quedaban a salvo de las incursiones piráticas, posiblemente eran también utilizados como nuevas bases de operaciones para los barcos etolios que podían así disfrutar de una mayor autonomía y alcanzar con sus acciones zonas cada vez más extensas y alejadas(55).

Un tipo de conducta similar no podía sino despertar por todos lados animosidad y temor, patentemente reflejados en el sentimiento anti-etolio que aparece por doquier(56). Quizá buena parte de toda esta animadversión residía en el apartado de su legislación que les permitía emprender acciones de saqueo a título particular sin implicar para nada con ello a toda la confederación de forma oficial(57), posiblemente una clara pervivencia de su estadio anterior donde era el particularismo el que imperaba frente a un estado rudimentario o simplemente todavía inexistente. La consecuencia de una tal práctica era que los etolios podían combatir en ambos lados de un conflicto, con la posibilidad consiguiente de declarar botín de guerra incluso el campo de

sus circunstanciales aliados. El malestar producido por ello entre todos los griegos queda reflejado muy probablemente en las quejas de Filipo V al respecto durante su encuentro con Flaminio en la conferencia de Lócride(58). Los etolios, según manifiesta Polibio por boca de Filipo, se habían negado en redondo a suprimir de su legislación esa posibilidad, afirmando que antes quitarían Etolia de su lugar. Sin duda pura retórica polibiana, pero quizá hay también un cierto fondo de verdad en la rotundidad tajante de la respuesta etolia que no oculta el afán hiperbólico de Filipo en unos momentos clave de negociación. Se dirimía en efecto algo mucho más importante y decisivo que un mero expediente de una práctica jurídica. Se trataba de un aspecto esencial de su misma subsistencia como pueblo tal y como estaba organizado su especial *modus vivendi*. Se nos dice que estaban habituados a las guerras continuas y a considerarlo todo como botín de guerra, que tenían ya la costumbre de luchar contra todos los demás griegos y que soportaban con disgusto los largos períodos de paz, que no significaban otra cosa que una obligada inactividad con la consiguiente ausencia de botín(59). Y probablemente todo ello es cierto en muy buena medida, a pesar de que una vez más debemos resguardarnos de la reconocida animosidad habitual del historiador aqueo hacia los etolios(60). Con su propio testimonio, Polibio viene a confirmarnos su incomprensión total del modo de vida etolio, reflejando en sus pareceres ciertas contradicciones que a la postre nos resultan más que útiles para una evaluación algo más objetiva. Su indignación por el recibimiento clamoroso y triunfal que se otorgó a los generales Escopas y Dorímaco a su regreso al país después de una campaña llena de éxitos militares, a pesar de haber cometido acciones que en su opinión -la de un noble aqueo no lo olvidemos- eran vergonzosas(61) o su extrañeza por los reproches que se le hicieron a Agelao de Naupacto, artífice de la paz en la guerra social, por haber privado a su pueblo de los beneficios del exterior y de perspectivas de futuro(62), son ciertamente sintomáticos. La forma de comportamiento etolia no resultaba tan extraña a los epirotas o al mismo Filipo V, que no consideraron que su proceder fuese digno de una declaración de guerra en toda regla, habituados como parece que estaban a su modo de vida(63).

Sin embargo el mundo de esos momentos lo dominaban las grandes potencias monárquicas con poco espacio para las ciudades y los pequeños estados, que se veían obligados a integrarse en nuevas entidades políticas de mayor envergadura en forma de ligas o confederaciones. Otro recurso de subsistencia política consistía en vincularse a una de estas grandes potencias mediante lazos de amistad honoríficos o reales que servían de algún modo para enfrentar con mayores garantías la creciente precariedad de los tiempos. Dentro de un contexto semejante debía resultar necesariamente difícil la mera subsistencia de un estado arcaico como era Etolia, acostumbrado a regirse por otros patrones de comportamiento. Durante el agitado período de los diádocos ya le había tocado sufrir las consecuencias y sólo una cierta casualidad táctica había desviado de su territorio las miras de conquista macedonias(64). No quedaba por tanto más alternativa que la de intentar ajustarse a la dinámica de los tiempos para asegurarse un *locus standi* dentro del panorama geopolítico. Había que tratar por tanto de ampliar sus dominios territoriales y sus esferas de influencia, sentando así las bases para constuirse en una gran potencia, única forma de afrontar con alguna garantía el desafío creciente del mundo circundante de esos momentos.

Sin duda alguna fueron los territorios vecinos y limítrofes sus primeros objetivos expansionistas, Acarnania, el Epiro y las regiones de la Grecia central. La importancia estratégica de algunas de sus plazas, como las de Enfada, Estrato y Medio en Acarnania o Ambracia en el Epiro, atrajeron de forma temprana el interés etolio por el control de las mismas(65). Incluso llegaron a pactar el reparto del territorio acarnanio con el monarca epirota Alejandro II,

alimentando de este modo entre sus habitantes un enconado odio que se puso de manifiesto en todas las contiendas internacionales, en las que siempre adoptaron como norma el lado contrario de sus agresivos vecinos(66). No debieron ser muy diferentes los sentimientos de los epirotas que además de sus frecuentes incursiones de saqueo, que en una ocasión les llevaron hasta el mismo santuario de Dodona, se vieron obligados a consentir la interferencia etolia en sus asuntos internos, como fue su destacada participación en el derrocamiento de la monarquía eácida(67) en el 232. Su participación en la guerra social del lado macedonio evidencia a las claras su toma de posición en este sentido(68).

Sin embargo el punto central de sus aspiraciones expansionistas radicaba en el santuario de Delfos, sede de la anficiónía y plataforma ideal de control de toda la Grecia central. La progresiva ocupación de asientos del Consejo por representantes etolios nos va revelando los avances territoriales realizados por la confederación(69). Se trataba de dominar una zona como la Fócide, que tenía un considerable valor estratégico para el control efectivo de buena parte de Grecia. El interés que tanto macedonios como romanos mostraron por la misma así lo demuestra. Filipo V puso como gobernador de la zona a un hombre de su confianza en unos momentos especialmente difíciles en los que se estaba tramando una conspiración en su derredor(70). Por su parte, el cónsul Flaminio situó en la región sus cuarteles de invierno, castigando de forma ejemplar a los habitantes de una de las plazas clave, Elatea, cuando se negaron a abandonar la alianza macedonia(71). A fin de cuentas constituía la ruta alternativa desde Macedonia hacia el sur de Grecia cuando no era posible atravesar Termópilas(72). Algunas de sus ciudades como la ya mencionada Elatea, Opunte, Fanotea o Anticira, constituían puntos de un gran valor estratégico que las hicieron ser objeto de reiteradas tentativas de conquista por parte de unos y otros(73). Sin embargo no era sólo cuestión de dominio militar. Desde la palestra délfica los etolios consiguieron una cierta aureola de prestigio internacional de la que estaban muy necesitados dada la mala imagen de que gozaban en el exterior(74). Quizá no es casual el que venga a coincidir casi en el tiempo el período de supremacía etolia sobre el santuario con las numerosas concesiones de *asylta* ya mencionadas. Sin duda Delfos constituía el escaparate adecuado para dar pruebas al resto del mundo helénico de su magnanimidad y buena disposición aparentes.

Había sin embargo dos grandes obstáculos en el camino de Etolia para constituirse en gran potencia del mundo helenístico de esos momentos. Macedonia por un lado, con sus propios objetivos de expansión y supremacía sobre el mundo helénico, constituía un evidente freno a los propósitos etolios, especialmente en las regiones del Noroeste, Tesalia y Magnesia. Estos territorios, por su posición geográfica y por su interés estratégico siempre habían estado incluidos en la órbita de dominación macedonia, llegando a estar incorporados plenamente en algunos momentos dentro de sus fronteras(75). Los etolios intentaron siempre sacar partido en este terreno de los momentos de debilidad por los que atravesó Macedonia como algunas fases del reinado de Antígono Gónatas o las dificultades que siguieron a la muerte de Demetrio II, prestando su apoyo a los movimientos locales de rebelión contra el dominio macedonio(76). Probablemente si hay una constante que define su política exterior es su militante antimacedonismo, situándose siempre en todo conflicto en el bando contrario. En el período de los diádocos se enfrentó por sistema a quienes de ellos llegaron a detentar el trono macedonio, colaborando a su vez con sus oponentes hasta el momento en que accedían al poder(77). A lo largo del siglo III, entró a formar parte de la entente antimacedonia auspiciada por Alejandro II, se alió con su eterna rival, la confederación aquea, en contra de Demetrio II, libró casi en solitario la llamada guerra social y en los posteriores conflictos con Roma adoptó siempre como norma el bando contrario a Macedonia(78).

Solamente en una coyuntura especial llegaron a estar del mismo lado ambas potencias, cuando posiblemente se aliaron con Antígono Gónatas en contra de la confederación aquea, en unos momentos en que de la mano de Arato comenzaba a extender su dominio por todo el Peloponeso, poniendo así en peligro los intereses bien distintos de los dos circunstanciales aliados(79).

Macedonia era por su potencial, quizá el único poder capaz de mantener el orden en el suelo griego y de conservar una hegemonía indiscutible sobre toda Grecia. Ello, aparte del obstáculo que suponía para los objetivos etolios, constituía también un grave peligro para la propia entidad territorial de la confederación, como había quedado ya demostrado en el pasado. De hecho fueron los ejércitos macedonios los únicos que se mostraron capacitados para emprender una ofensiva con garantías contra la propia Etolia, invadiendo incluso su áspero territorio. Casandro y su hermano Filipo a finales del siglo IV y ya en el siglo III el mismo Filipo V en dos ocasiones hicieron una palpable demostración(80). La estrategia política etolia debía ir por tanto encaminada a oponerse al predominio macedonio en todos los frentes posibles que se le presentasen, bien en forma de una guerra declarada o prestando su apoyo a todo intento de rebelión en su contra, como en Atenas, Elide, Tesalia o Atamania(81). Sus buenas relaciones con Egipto o con Pérgamo y su alianza con Roma en el 212 estuvieron posiblemente determinadas en muy buena medida por esta misma finalidad ofensivo-defensiva contra Macedonia(82). Incluso intentaron construir una especie de glacis defensivo intermedio que hiciera las veces de zona de seguridad ante la eventualidad de un ataque macedonio. Esa es al menos la función que Polibio atribuye a la conquista etolia de regiones como Anfiloquía, Aperantia y Dolopía(83). Se explica así el gran interés que mostraron por conseguir la destrucción completa del reino macedonio con la deposición de Filipo V, tras la victoria romana en Cinoscéfalos, a la que tanto habían contribuido(84). De hecho, liberados ya tras su derrota del temor que les infundía Macedonia, se lanzaron a saquear el territorio tesalio, ahora, como nos dice Livio, de manera impune(85).

Sin embargo no era sólo Macedonia el enemigo a batir, aunque desde luego luego sí el más importante. La política etolia de expansión hacia el sur, concretada en el Peloponeso, chocaba frontalmente con los intereses de la confederación aquea, que aspiraba a su vez a constituirse en el poder hegemónico de toda la zona. Ambas confederaciones estaban por tanto abocadas a un enfrentamiento continuo, que quedó ciertamente reflejado en la trayectoria política seguida por unos y otros a lo largo de este período. Sólo en una ocasión aunaron sus esfuerzos y esta excepción es como se ha dicho digna de reseñarse, pues fue su común enemigo Macedonia, que con Demetrio II a la cabeza amenaza por entonces los intereses de ambos coaligados(86). Sin embargo las más de las veces la táctica etolia consistió en oponerse de todas las formas posibles al engrandecimiento aqueo dentro del Peloponeso. De ahí su ya mencionada confabulación -al menos aparente- con Antígono Gónatas, su guerra a los beocios cuando iniciaron su aproximación hacia la confederación aquea o sus relaciones con Esparta, Mesenia o Elide, enemigos tradicionales de la prepotencia aquea y contrarios por tanto a ser incluidos dentro de sus planes de expansión(87). Incluso su neutralidad durante la guerra cleoménica pudo haber estado también dirigida en esta misma dirección. De hecho, aunque sabemos que no existió ningún tratado formal de alianza entre espartanos y etolios, éstos últimos impidieron el paso de los refuerzos macedonios de Dosón que acudían en ayuda de Arato, y Cleómenes obtuvo con relativa facilidad las ciudades arcadias de Tegea, Mantinea, Orcómenos y Cafias, que eran aliadas de Etolia(88).

También ejercieron una importante labor de zapa del poderío aqueo con su propia política expansionista dentro del territorio peloponesio. Además de su ya comentada alianza con

Elide, que ponía en constante peligro la seguridad de las zonas aqueas limítrofes(89), estaba la escurridiza cuestión mesenia. Los etolios siempre se opusieron energicamente a que Mesenia pasase a formar parte de la confederación aquea, llegando a ponerlo como condición esencial para el mantenimiento de la paz entre ambas confederaciones, sobre todo tras los intentos de Arato por hacer tal incorporación efectiva(90). Para seguir el curso de los acontecimientos se sirvieron de Figalea como punto de observación privilegiado, enviando allí a uno de sus generales, Dorímaco, con el fin de estar al tanto de las diferentes tentativas aqueas(91). La posesión de Mesenia era importante para las expectativas aqueas de constituirse en el poder hegemónico de toda la zona, pero la consecución de este objetivo impediría en forma considerable el desarrollo de toda la trama de intereses que los etolios tenían en el Peloponeso. Así también intentaron cerrar el camino expansionista aqueo hacia la zona de Arcadia mediante su control de la estratégica plaza de Cineta y con sus intervenciones contra Megalópolis, el principal posible aliado de la confederación aquea a causa de su enemistad casi atávica con Esparta(92).

Estos intentos de oposición y obstruccionismo a la política de expansión territorial aquea debieron cimentar en la persona de Arato, que había puesto todo su empeño en esta empresa, una inquina y un rencor tales que explican con creces el sentimiento anti-etolio que destilan sus Memorias, al menos tal y como han quedado reflejadas en el relato histórico de Polibio. Quizá es esta la forma cómo debemos interpretar la famosa envidia etolia, así como su malicia y avaricia, *cualidades* que son citadas por Polibio de forma continuada con un cierto afán explicativo, especialmente después de la pujanza que la confederación aquea experimentó con las adhesiones de varias ciudades peloponesias que habían estado hasta entonces bajo el poder de tiranos filomacedonios(93). Si le añadimos a todo ello las frecuentes incursiones de saqueo que los etolios prodigaban por el noroeste y el centro del Peloponeso(94), podemos comprender cómo resultaba francamente difícil el mantenimiento de la paz entre ambas potencias. Este continuo estado de tensión desembocó por fin en la llamada guerra social, que aunó en el mismo bloque anti-etolio a todos los que tenían sobrados motivos de queja en su contra, hartos ya de sufrir sus incursiones y razzias depredatorias(95).

Sin duda alguna existía un firme deseo de constituirse como potencia hegemónica y a la vez respetable dentro del contexto helénico. Su ocupación de Delfos, como ha señalado Robert Flacelière, tenía como objetivo liberarse de su complejo de inferioridad y de su oscuro pasado identificando su propia suerte con la de una dominación, la délfica, que constituía un título de nobleza y les designaba por tanto como los herederos de pueblos gloriosos que habían dirigido sucesivamente los destinos de Grecia(96). También su vinculación con Atenas, que actuó siempre como su valedora en los foros internacionales, puede ser contemplada desde esta perspectiva(97). Por otro lado intentaron igualmente ampliar el ámbito de su esfera de influencia por medio de los ya mencionados decretos de *asylía* a numerosas comunidades del Egeo y de la costa minorasiática y a través de la extensión de su propia confederación mediante el vínculo político de la *isopolitela*, controlando así zonas claves de los estrechos como Lisimaquea, Calcedonia y Cíos, o del Peloponeso como Figalea(98).

Toda esta estrategia política le sirvió para conseguir hasta cierto punto los objetivos trazados. Se mantuvo independiente, apenas resultó afectada en su integridad territorial, que más bien acrecentó, y le permitió ejercer una acción política propia y autónoma en unos momentos en los que la mayoría de los estados griegos se debatían entre el satelismo de las grandes potencias y su práctica desaparición como entidades estatales. Puede ser que incluso existiera en efecto

dentro de la propia confederación una cierta corriente pacifista, a cuya cabeza se suele colocar la figura de Agelao de Naupacto, que pugnaba por mantener un status quo que diera a Etolia un lugar de honor dentro del panorama helénico, situándola en un plano de igualdad con el resto de las potencias del momento(99). Sin embargo no hay que excluir tampoco de toda esta política de exculpación y de lavado exterior de imagen unos ciertos delirios de grandeza que se ajustaban a una potencialidad recién adquirida. Quizá es así como hemos de interpretar hechos como la instauración en Delos por parte de uno de los hombres prominentes de la confederación a mediados de siglo, Nicolao, de unas fiestas con su nombre -Nikolacia-, o algunas de las ofrendas exhibidas en los santuarios de Delfos o Termo, como la que presentaba a la propia Etolia en la forma de una mujer armada(100).

Sin embargo debajo de toda esta fachada subsistía todavía una cara impresentable del pueblo etolio que derivaba de sus formas de obrar tradicionales y de los mismos usos consuetudinarios del país. Su tratamiento de los aliados no fue en efecto ni mucho menos ejemplar o motivador de grandes simpatías y lealtades. Los eleos fueron abandonados en los momentos decisivos a su propia suerte, ciudades como Cineta o Tipanea sufrieron acciones de saqueo incontroladas por una tropa indisciplinada, mantuvieron estrategos y guarniciones en las ciudades vinculadas a la confederación y en Delfos violaron reiteradas veces la autonomía política de la ciudad, llegando incluso a conceder el sufragio anfictionico a estados que no lo poseían con antelación e instalando un gobernador militar con atribuciones sobre la propia ciudad y el santuario(101). Transgredieron con relativa facilidad todo tipo de pactos y tratados internacionales, gozando incluso de una cierta fama proverbial en este sentido(102). Su rapacidad alcanzaba límites insospechados, haciendo incluso presa de su ambición templos y santuarios, con lo que quebrantaban una norma de conducta que casi era universalmente aceptada(103). Posiblemente tampoco hay que descartar su habitual fanfarronería como una muestra más del afán vilipendiador de Polibio y de su retórica deformante. No debemos olvidar la propia naturaleza marcial de la confederación, medio adecuado para que aflorase con cierta facilidad esta clase de sentimientos, así como sus éxitos militares de cierta resonancia que la habían conferido un prestigio reconocido por todos(104). No es casual tampoco que se recurriese a ellos casi por sistema cuando se trataba de ejecutar acciones de complot, sabotaje y trabajos *sucios* en general, habituados como estaban a toda clase de actos en busca de una fácil ganancia(105).

Su forma de vida, basada en buena parte en los ingresos obtenidos de sus rapiñas, se había convertido en ostentosa y artificial al no tener como base la sola utilización de sus propios recursos. Este vivir por encima de sus posibilidades, rasgo por otra parte típico del banditaje tradicional(106), explica ciertamente la fanfarronería que Polibio les atribuye como uno de sus defectos más habituales así como ese desmedido interés por la obtención del botín, aspecto que en más de una ocasión les causó serios problemas con sus propios aliados o estuvo a punto de llevarles al desastre a pesar de haber conseguido la victoria inicial(107). A la postre se trataba de conseguir medios y recursos de la forma que fuera posible, más allá de la mera gloria honorífica y del reparto regular de botín, la celebre *pleonexia* con la que Polibio suele calificar la mayoría de sus intervenciones(108). De esta forma se explica tan bien el progresivo endeudamiento que sobrevino a la mayoría de la población, afectando incluso a sus principales dirigentes militares, a causa de la forzada inactividad que significó la paz subsiguiente a períodos tan fructíferos como la guerra social o la primera guerra macedonia(109). Fue de hecho hacia esos años cuando se intentaron introducir en su legislación ciertas novedades que afectaban precisamente al problema de las deudas, que se había agravado de forma considerable.

Escopas y Dorímaco, cuyas fortunas estaban al parecer invertidas en negocios privados, fueron sus promotores. Sin embargo el intento fracasó ante la decidida oposición de las gentes de recursos, que probablemente veían así lesionados de forma importante sus intereses, encabezados por Alejandro Isio(110). La consecuencia primera del fracaso fue la marcha obligada de Escopas fuera del país en busca de mejores oportunidades, posiblemente al igual que otros muchos, que trataban de hallar unas condiciones de vida que en esos momentos las difíciles circunstancias de Etolia y del resto de Grecia no les permitían encontrar allí(111).

Hasta esos momentos Etolia se había visto libre de los graves problemas socio-económicos que asolaban al resto del mundo griego, gracias sobre todo a la fácil salida que una abundante mano de obra excedente hallaba en el empleo mercenario y en sus acciones particulares de saqueo. Sin embargo a finales del siglo III y más en concreto a comienzos del segundo, cuando la victoria casi definitiva de Roma les cerró del todo las posibilidades de seguir desarrollando una política de expansión territorial e incluso el recurso a seguir empleándose como mercenarios(112), hicieron su brusca aparición enfrentamientos internos que hasta entonces habían permanecido larvados. Se produjeron cruentas guerras civiles entre deudores y acreedores, caracterizadas por una crueldad y un ensañamiento especiales, cuyos resultados fueron masacres salvajes como la Hipata, ciudad donde fueron asesinados ochenta nobles(113). Sin duda, al verse obligados a permanecer encerrados dentro de sus propias fronteras tras un último intento desesperado de resistencia a la presencia hegemónica de Roma, tuvieron que constreñir esa agresividad de la que habían hecho gala a lo largo de su historia a su propio espacio interno. El resultado fue la violencia extrema de sus enfrentamientos que incluso hizo imposible todo intento de mediación entre las partes en conflicto, dejando sumido al país en la ruina al verse además acuciado por el peso de las condiciones impuestas por Roma(114).

Nadie en definitiva, provisto de un mínimo de agudeza crítica, se atreverá a negar la incidencia de la visión polibiana en cualquier intento de comprensión del fenómeno etolio, hasta extremos incluso muy difíciles de precisar, dada nuestra casi completa dependencia de su testimonio. Sin embargo, una vez admitida esta limitación, no tenemos por qué suponer que toda su información se basa únicamente en una perspectiva de los acontecimientos contemporánea y por ello deformada, dadas sus posiciones respectivas, sin que contenga un fundamento real, si bien mal comprendido y por ende erróneamente interpretado. No estaba Polibio en las condiciones idóneas para llevar a cabo tal cometido ni sus fuentes de información se lo permitían. No es esta en cambio nuestra posición, pues si bien sabemos que no todo el testimonio de nuestro historiador comporta la exactitud y veracidad histórica que a veces se le ha supuesto(115), tampoco estamos legitimados para menospreciar la validez de fondo de un relato, que en la mayoría de los casos ha demostrado ser más que estimable(116). Quizá también podemos comprender hoy mejor desde nuestra perspectiva presente y desapasionada, exenta por ello de juicios morales no pertinentes, los condicionantes históricos a los que un pueblo como el etolio se vió sometido en un determinado período. Sus esquemas de comportamiento atávicos, secundados por las difíciles condiciones de su entorno, propiciaron un modo de vida que ahora se veía obligado a buscar su adaptación a las nuevas circunstancias del momento. Posiblemente hubo serias tentativas por lograrlo, al menos por parte de algunas de sus figuras dirigentes, que intentaron situar a la confederación dentro de un mundo como el del siglo III, en el que sólo las grandes potencias y aquellos estados menores que habían sabido congraciarse su influencia o disfrutaban de un reconocido prestigio internacional, tenían fundadas esperanzas de supervivencia. Si al final no lo consiguieron, quizá no cabe echar toda la culpa sobre su forma tan particular de comportamiento, pues a fin

de cuentas también en esos momentos estaban empezando a irrumpir en el juego nuevas fuerzas y factores políticos -Roma sin duda la principal de ellas- cuyas precisas repercusiones en el panorama helénico los etolios no supieron ciertamente calibrar(117).

NOTAS

1- Sobre la actitud de Filarco hacia Cleómenes, T. W. Africa, *Philarcus and the Spartan Revolution*, Berkeley-Los Angeles 1961 y E. Gabba, "Studi su Filarco. Le biografie plurtachee di Agide e di Cleomene", *Athenaeum* 35 (1957) 3-35 y 193-239. Sobre los historiadores de Filipo V, P. Pédech, *Le méthode historique de Polybe*, París 1964, 376. Sobre la posible tradición favorable a Antíoco III, Pédech, *op. cit.*, 270-271. P. Meloni, *Perseo e la fine della monarchia macedone*, Roma 1953, creía poder identificar las huellas de una tradición historiográfica contemporánea de Polibio pero hostil a Roma en las *Makedoniká* de Apiano. En contra, Gabba, "Sul libro siriano di Appiano", *Rend. Ac. Lincei* 12 (1957) 339-351. También debió existir una tradición favorable a Mitrídates, que fue conocida por Estrabón, XI, 8, 14 y XIII, 1, 66, basada en la obra de Metrodoro (F. Jacoby, *FGrHist*, 184, fr. 12; II B, 609-610 y 614). También Tolomeo Fiscón escribió al parecer unas *Memorias*, destinadas a contrarrestar el impacto desfavorable de la tradición griega, Jacoby *FGrHist*, II D nº 234 Ptolemaios, 658

2- W. W. Tarn, "Macedonia and Greece", *CAH* VII, Cambridge (1954) 209.

3- Así existía un itifálico cantado por los atenienses en el festival de Eleusis del 291 en el que se describía a Etolia como una esfinge que no sólo había apresado Tebas entre sus garras sino también a toda Grecia (Athen. VI, 63 = Duris de Samos Jacoby *FGrHist*, 76 F 13). También la guerra social se intentó presentar como una guerra sagrada para la liberación del santuario (Pol. IV, 25, 8). Por fin la pérdida de Delfos mediante la intervención romana fue considerada una verdadera liberación por los habitantes de la ciudad, demostración evidente de la escasa popularidad que la dominación etolia había obtenido durante el período de su ejercicio R. Flaceliere, *Les Aitoliens à Delphes*, París 1937, 360.

4- Sobre la animosidad de Polibio hacia los etolios, K. Ziegler, s.v. *Polybios*, n.1 *RE* XXI², 1952, col 1559; Pédech, *op. cit.*, 154; T. A. Larsen, "The Aetolians and the Cleomenic War", *The Classical Tradition. Literary and Historical Studies in Honour of H. Caplan*, L. Wallach (ed.), Ithaca 1966, 43 y ss; D. Musti, "Polibio negli studi dell ultimo ventennio (1950-1970)", *Aufstieg und Niedergang der römischen Welt*, I, 2, Berlín-Nueva York 1972, 1149 y ss.; K. S. Sacks, "Polybius's other view of Aetolia", *JHS* 95 (1975) 92 y ss. D. Mendels, "Did Polybius have another view of the Aetolian league?. A note", *Ancient Society* 15-17 (1984-1986) 63-73.

5- Sobre las Memorias de Arato, W. H. Porter, *Plutarch's Life of Aratus*, Dublín 1937. Sobre su utilización por Polibio, Pédech, *op. cit.* 144, 155 y ss., 261, 263, 372, 374, 376, 459 y 494. Walbank, *Aratos of Sicyon*, Cambridge 1933 y, *A Historical Commentary on Polybius I*, Oxford 1970, 27.

6- Sobre la batalla de Cafias, Pol. IV, 11-12.

7- Pol. IV, 7, 8 y ss.

8- Sobre las relaciones entre Arato y Dosón, E. Will, *Histoire politique du monde*

- hellénistique*, I², Nancy 1979, 375 y ss, Walbank, "Macedonia and Greek Leagues", *CAH* VII 1² Cambridge 1984, 461-462.
- 9- Moretti ISE I n.47 (Epidauro) y G. J. Te Riele, "Le grand apaisement d'Aliphère", *Rev.Arch.* 1967, 209 y ss. (Alifera).
- 10- M. N. Tod, *A Selection of Greek Historical Inscriptions*, Oxford 1933, 137.
- 11- Tuc. III, 94, 5 y Eur. Phoen., 138.
- 12- Pol. XVIII, 5, 8; XX, 10, 7.
- 13- Flaceliere, *op. cit.*, 5 y ss. H. F. Tozer, *Geography of Ancient Greece*, Londres 1882, 216, la describe como "compound of irregular masses of rugged mountains and possessing few harbours, presented few opportunities for hellenic development". Pol. IV, 14, 7 (el terreno montañoso les era familiar). S. Bommeljé, "The Aetolian: A Greek Ethnos". M. Deylius, "The Aetolians landscape: a physical-geographical perspective"; P. K. Doorn, "An Early Modern Subsistence economy: Aetolia since 1821", en *Aetolia and the Aetholians. Towards the Interdisciplinary study of a Greek region*, Utrech 1987, 13-17; 32-38; 38-61,
- 14- Tuc. III, 94, 4.
- 15- Diod. XVIII, 24, 1-25. También sucedió algo parecido cuando la invasión de Filipo V, hermano de Casandro. Diod. XIX, 74.
- 16- Pol. V, 5 y ss. App. Syr. 23.
- 17- E. Kirsten, "Berich über eine Reise in Aitolien und Akarnanien", *Arch. Anz.* (1941) col. 109 y ss.; M. Sordi, "Le origine del Koinon etolico", *Acme* 6 (1953) 441.
- 18- W. J. Woodhouse, *Aetolia, its geography, topography and antiquities*, Oxford 1897, 48.
- 19- Las ciudades más destacadas como Naupacto, Ambracia, Heraclea o Lamia estaban todas situadas en territorios que habían sido anexionados a la confederación primitiva durante el curso de su expansión, Sordi, *art. cit.*, 437.
- 20- Larsen, *Greek Federal States, their Institutions and History*, Oxford 1968, 195 ss.
- 21- Sobre la caballería etolia, Pol. IV, 8, 10; XVIII, 22; Liv. XXXIII, 6-7. Se alaba la audacia y el coraje de Teodoto en Pol. V, 81. Otras alabanzas semejantes en Pol. XVIII, 19 (contra Macedonia) y XXI, 28 (en el asedio de Ambracia).
- 22- Pol. V, 8, 5 y ss.
- 23- Pol. V, 8, 4.
- 24- Pol. II, 2,7 y ss.
- 25- Pol. V, 14. 9-10.
- 26- Sobre este período, D. Mendels, "Aetolia 331-301: Frustration, Political Power and Survival", *Historia* 33 (1984) 129-180, esp. 155.
- 27- Pol. IX, 29, 1-4 y 30-33 (los que huían del régimen de terror impuesto por Antípatro en Grecia); Plut. *mul.virt.*, 251-253 (exiliados de Elide); Pol. IV, 34, 9 (partidarios de Agis IV); Diod. XIX, 52, 6 (Polipercón); Pol. V 29, 7 (Licurgo); Pol. XXI, 29 y Liv. XXXVIII, 1 y ss (Aminandro); Pol. XVIII, 10 (el acarniano Nicómano y el tesalio Teódoto); Liv. XXXV, 31 (Euríloco de Demetriadé) y Liv. XXXV, 37-38 (Eutímidas de Calcis).
- 28- Ejemplos en SIG 443, 522, 554 y 629.
- 29- Sobre lo escarpado del territorio etolio, Pol. V, 7, 2 y 10; V, 8.
- 30- Así Dorímeneo, Nicolao y Teodoto al servicio de Ptolomeo IV y Panetolo al servicio de Antíoco III junto con Teodoto tras su defección del ejército lágida. Pol. V, 61, 5 y 9; VII, 16, 7; XVI, 18; V, 79. Sobre su empleo como mercenarios, G. T. Griffith, *The Mercenaries of the Hellenistic World*, Cambridge 1935, 121 y 133. H. F. Miller "The Practical and Economic Background to the Greek Mercenary Explosion" *Greece and Rome* 31, 2 (1984) 153-160.
- 31- Pol. IV, 6 (venta del botín en el fuerte Clarión).

- 32- Liv. XXXI, 43.
- 33- Pol. IV, 25; IV, 30; V, 6; V, 96 (ataques a Acarnania y Epiro). Pol. IX, 40, 4; XVI, 32, 2 y Liv. XXVI, 25; XXXIII, 16-17 (*metus odiumque Aetolorum*). Pol. IV, 30, 6 (decisión epirota).
- 34- Pol. IV, 3; IV, 6; IV, 62, 5.
- 35- Pol. V, 3, 7; V, 3, 9-10.
- 36- Pol. V, 3, 3 y ss; XXI, 30, 5; XXI, 32, 12.
- 37- Pol. IV, 59; V, 30; V, 95.
- 38- Pol. IV, 9, 9; V, 3 (Cilene), Pol. IV, 68; IV, 69, 2; IV, 70, 4 y ss (Psófide).
- 39- Pol. IV, 9, 9; IV, 70-72.
- 40- Plut. *mul.vit.*, 251-253. Flaceliere, *op. cit.*, 194; P. A. Stadter, *Plutarch' Historical Methods*, Cambridge Mass. 1965, 84-89. Sobre el posible apoyo macedonio a la tiranía de Aristótimo, W. E. Fellmann, *Antigonos Gonatas König der Makedonen und die griechischen Staaten*, Würzburg 1930, 47 y ss. Will, *op. cit.*, I, 230 y 329 y ss.
- 41- Incluso enviaron encadenado a Etolia al traidor responsable de las propuestas de Filipo V, Pol. IV, 84-86.
- 42- Pol. IV, 9, 10.
- 43- Pol. IV, 59 (Eurípidas); V, 30 y 91 (Pirrias); V, 94 (descontento con Pirrias y llamada a Eurípidas).
- 44- Pol. IV, 5.
- 45- Pol. IV, 76, 6 (piratas); IV, 3, 5 (bandidos).
- 46- Pol. IV, 31.
- 47- Pol. IV, 34, 9; IX, 34, 9; Plut. *Cleom.*, 18, 3. Walbank, *Comm.* I, 483.
- 48- Pol. V, 100, 7. Liv. XXXI, 41, 7, *Aetoli campos Thessaliue opimos ad praedam petiere*.
- 49- Pol. V, 99, 3.
- 50- Pol. V, 99-100 (interés por la conquista de la ciudad); Pol. XVIII, 8, 9 (negativa a devolverla a los etolios).
- 51- Pol. V, 99, 4-5.
- 52- Así se concedieron a Tenos, Ceos, Delos, Quíos, Magnesia del Meandro, Heraclea de Latmos, Esmirna, Eritras y el templo de Artemis en Pérgamo. H. A. Ormerod, *Piracy in the Ancient World*, Liverpool 1924, 140 y ss. Flaceliere, *op.cit.*, 204; J. K. Davies, *CAH VII* 1², 285 y ss.
- 53- Polyaen. VI, 45 (guerra de Samos); IV, 6, 16 (Casandrea); Diod. XXVIII, 1, 1 (actividades de Dicearco); Pol. IV, 29 (pacto con el ilirio Escerdiledas); También IV, 16.
- 54- Flaceliere, *op. cit.*, 202 y ss.
- 55- Liv. XXXVII, 27. (Quíos cómo importante centro de suministros).
- 56- Los discursos del acarnanio Licisco (Pol. IX, 32) y del rodio Trasícrates (Pol. XI, 4-5) son una buena muestra. También Pol. IV, 25. Es igualmente significativo el interés de Flaminio en no permitir que los etolios quedaran como dueños de la situación en Grecia tras la derrota de Filipo V, Pol. XVIII, 34; Liv. XXXII, 11. Igualmente se produjo una censura generalizada de los etolios por parte de todos los delegados griegos en el congreso de Corinto del 195, Liv. XXXIV, 24.
- 57- Pol. XVIII, 5.
- 58- Pol. XVIII, 4, 8.
- 59- Pol. IV, 3; IV, 16; IX, 38, 6; XIII, 1; XXX, 11; Liv. XXXIV, 22.
- 60- Véase n. 4
- 61- Pol. IV, 27; IV, 62; IV, 5 (popularidad de los líderes que iniciaron la campaña contra Mesenia).
- 62- Pol. V, 107, 5.

63- Pol. IV, 16.

64- Mendels, *art. cit.*

65- Sobre la importancia estratégica de Eníade, Pol. IV, 65. Ya en el 330 los etolios conquistaron la ciudad y expulsaron a sus habitantes, suscitando una oleada de indignación en el mundo griego de la que quizá es un reflejo la famosa promesa de venganza de Alejandro, Plut. *Alex.* 9, 15. Sobre el asunto, Diod. XVIII, 8, 6. Mendels, *art. cit.*, 136 y ss. Pol. II, 2 (ataque a Medio); IV, 25 (Epiro y Turio); IX, 39 (Eníade y Nasos); Liv. XXXVIII, 4 (posición estratégica de Ambracia).

66- Pol. II, 45; IX, 34, 5 (reparto con Alejandro II). Sobre los descos de venganza acarnanios, véase n. 33.

67- Pol. IV, 67; V, 96 (saqueo etolio de Dodona); Polyæn. VIII, 52 y Just. XXVIII, 3 (revolución de Ambracia contra Deidamía). Sobre la cuestión, P. Cabanes, *L'Épire de la mort de Pyrrhos à la conquête romaine (272-167)*, París 1976, 198-202.

68- Pol. V, 6, 3.

69- Flaceliere, *op. cit.*, 179 y ss.; Larsen, *op. cit.*, 205; Will, *op. cit.*, I, 210 y 212; Walbank, *CAH* VII, 1^a, 233-234.

70- Larsen, "Phocis in the Social War of 220-217 B.C." *Phoenix* 19 (1965) 116. Sobre la conspiración, R. M. Errington, "Philip V, Aratus and the Conspiracy of Apelles", *Historia* 16 (1967) 19-36.

71- Liv. XXXII, 24. A. M. Eckstein, "T. Quinctius Flaminius and the Campaign against Philip in 198 B. C.", *Phoenix* 30 (1976) 119-142.

72- Sobre el valor estratégico de la Fócide, Larsen, *Phocis...*, 116-120.

73- Pol. V, 96, 4 (Fanotea); IX, 39, 3 (Anticira); Liv. XXXII, 32 (Opunte). Sobre el especial valor del puerto de Anticira, Liv. XXXII, 18. Fue además capturada por los romanos en el curso de la primera guerra macedonia y entregada a los etolios, Liv. XXVI, 26.

74- Flaceliere, *op. cit.*, 104 y ss.

75- Larsen, *op. cit.*, 24-26. F. Staehlin, *Das hellenische Thessalien*, Stuttgart 1924.

76- Just. XXVIII, 3, 14. Will, *op. cit.* I, 353. También J. V. A. Fine, "The Problem of Macedonian Holdings in Epirus and Thessaly in 221 B. C." *TAPA* (1932) 130 y ss.

77- Mendels, *art. cit.*

78- Sobre el frente con Alejandro II, Pol. II, 45 y IX, 34, 5. Sobre su frente con la confederación aquea, Will, *op. cit.* I, 344 y ss. Sobre la guerra social, Walbank, *Philip V of Macedon*, Cambridge 1940, 24-67. Sobre los conflictos con Roma, Walbank, *ibid.*, 68-107 (primera guerra macedonia), 138-185 (segunda guerra macedonia), 186-222 (guerra con Antioco III). E. Gruen, *The Hellenistic World and the Coming of Rome*, 2 vols., Berkeley-Londres 1984, 377-381 y 400-401.

79- Pol. II, 40, 2 (sobre el protagonismo de Arato). Will, *op. cit.* I, 329 y ss. En general Walbank, Aratos y Porter, *op. cit.*

80- Diod. XIX, 67, 3; XIX, 74, 2 (ataques a Casandro y Filipo); Pol. V, 5 y ss. (ataque a Filipo V).

81- Paus. I, 26, 3 (Atenas); para Elide, véase n. 40. Sobre Tesalia, véase n. 76. Pol. XXI, 25, 2 (Atamania).

82- Relaciones con Egipto, Pol. IV, 30, 8 (Tolomeo IV les aprovisionaba). Relaciones con Pérgamo, Pol. IV, 65, 6 (Atalo I había fortificado Elaos); Liv. XXVII, 30 (le confieren la máxima magistratura a Atalo). Sobre su alianza con Roma, Liv. XXVI, 23 y 24. Pol. IX, 39 (quejas de su pacto con Roma). Un buen alegato del antimacedonismo etolio lo constituye el discurso de Cleneas en Esparta, Pol. IX, 25 y ss.

83- Pol. XXI, 25, 3-7; Liv. XXXVIII, 3.

- 84- Pol. XVIII, 36, 6; Liv. XXXIII, 12, 4.
- 85- Liv. XXXII, 14, 4. Sobre el temor que les infundía Dosón, Pol. IV, 3.
- 86- Will, *op. cit.*, I, 344 y ss.
- 87- Su confabulación con Antígono Gónatas, Pol. II, 43, 9; II, 45. Will, *op. cit.*, I, 331 y ss. Sobre su guerra a los beocios, M. Feyel, *Polybe et l'histoire de Béotie au III siècle av. nôtre ère*, París 1942, 80. Sus relaciones con Esparta, G. Marasco, "Polibio e i rapporti etolo-spartani durante i regni di Agide IV e Cleomene III", *Prometheus* 6 (1980) 153-180.
- 88- Pol. II, 52, 8. Sobre la neutralidad etolia, Larsen, *The Aetolians...* 43-57 y del mismo autor, "The Aetolian-Achaean Alliance of ca. 238-220 B. C. CIPh 70, 3 (1975) 159-172. Sobre la cesión de las ciudades peloponesias y la ausencia de tratado etolio-espartano, Pol. II, 46. Tarn, *CAH* VII, 747; Marasco, *art. cit.*, 171 y ss.; Larsen, *The Aetolians*, 50 y ss.
- 89- Así los aqueos intentaron persuadir a Filipo V para que invadiera Elide en el curso de la guerra social, animándole con la promesa de obtener un cuantioso botín para sus tropas, Pol. IV, 64.
- 90- Pol. IV, 15, 8 y ss. Sobre la importancia de Mesenia, K. Seeliger, "Messenien und der achäische Bund", *Jahr. des Gymn. von Zittau* 1897, 7. Fine, "The Background of the Social War of 220-217 B. C. *AJP* 61 (1940) 154 y ss. Will, *op. cit.* II², Nancy 1982, 71-2.
- 91- Pol. IV, 3, 7. La ciudad era además miembro de la liga etolia, Pol. IV, 3, 5.
- 92- Pol. IV, 18-19. Walbank, "Aratos' Attack on Cynaetha (Polybios IX, 17)", *JHS* 56 (1936) 66 y ss.
- 93- Pol. II, 45; II, 47; II, 49. Se hace mención incluso de la tentativa etolia de crear un cinturón de guerra en torno de la confederación aquea, Pol. II, 45, 4; II, 49; IV, 36, 7.
- 94- Así lo detectan las quejas de los aliados en su reunión de Corinto con Filipo V, Pol. IV, 25.
- 95- Sobre toda la trama política, Walbank, *Philip*, 24-67; Fine, *The Background...* y Larsen, *The Aetolian-Achaean...*, 159 y ss.
- 96- Flaceliere, *op. cit.*, 382-383.
- 97- Sobre su amistad con Atenas, Diod. XVIII, 8, 6; Paus. I, 26, 3; Pol. XXI, 4; XXI, 31; Liv. XXXV, 32; XXXVII, 6. W. S. Ferguson, *Hellenistic Athens*, Londres 1911, n. 196
- 98- Pol. XV, 23, 7; XVIII, 3, 11 (Lisimaquea, Calcedonia y Cíos). Pol. IV, 3, 5 (Figalea). Sobre el empleo de la *isopolitela*, Larsen, *op. cit.*, 202 y ss.
- 99- Sobre la posibilidad de una corriente pacifista en Etolia, Pol. IV, 36, 2. Sobre la persona de Agelao de Naupacto y su célebre discurso, O. Morkholm, "The Speech of Agelaus at Naupactus 217 B. C." *Class. et Med.* 28 (1967) 240-253; Walbank, *Comm.*, I, 629: "he was evidently leader of the Peace party in Aetolia". También M. Holleaux, *Rome, le Grèce et les monarchies hellénistiques au III siècle av. J. C.* París 1921, 162; Flaceliere, *op. cit.*, 294.
- 100- Sobre las *Nikolaeia*, Flaceliere, *op. cit.*, 203. Sobre los trofeos etolios, Paus. X, 15, 1; X, 16, 2; X, 18, 7; X, 19, 3.
- 101- Pol. IV, 69 (abandono de los eleos ante el avance de Filipo V); Pol. IV, 18 (saqueo de Cineta); Pol. IV, 79 (saqueo de Tipanea). Sobre la presencia de guarniciones y estrategos en las ciudades aliadas, Pol. XV, 23, 7; XVIII, 3, 11. Sobre la violación de la autonomía délfica, Flaceliere, *op. cit.*, 359-360; sobre la presencia de un *epimeletes* etolio en Delfos, P. Roussel, "Les épimeletes aitolien à Delphes", *BCH* 50 (1926) 124-134. Flaceliere, *op. cit.*, 334 y ss. Larsen, *op. cit.*, 440-441.
- 102- Pol. IV, 7 (violación del tratado con los mesenios); IV, 15 (ruptura de los pactos con los aqueos); IV, 29 (traición a Escerdiledas); Liv. XXVII, 30 (ruptura de la tregua de la primera guerra macedonia). No debemos olvidarnos que otros ejemplos anteriores como Diod. XIX, 68 (violación

de tratado y masacre subsiguiente) o la inscripción aludida en n. 10.

103- Su rapacidad: Pol. IV, 8; IV, 58; XVIII, 27, 4; Liv. XXXI, 41 (se retiran ante la escasez de saqueo); XXXII, 13. Saqueos de templos y santuarios: Pol. IV, 18 (Templo de Artemis en Lusos); IV, 25 (Atenea Itona); IV, 62 (Dion); IV, 67 (Dodona); IX, 34, 9 y ss. (Poseidon en Ténaro, Hera en Argos, Poseidon en Mantinea).

104- A los éxitos del período de los diádocos (Mendels, *art. cit*) hay que añadir su victoria sobre los galos, de amplia resonancia (Paus. I, 4, 4; VI, 16, 1 y X, 22, 2; Pol. IX, 35) y su importante contribución en la batalla de Cinoscéfalos (Liv. XXXIII, 6-7; Plut. *Flam.* 9; Pol. XVIII, 19-22). Eforo afirmaba que los etolios eran una raza que nunca había estado sometida a ningún otro pueblo y que había conservado su país sin devastar a través de todo el tiempo de que tenemos noticia, Strab. X, 3, 2 (C. 463)

105- Pol. VII, 16, 7 (traición de Sardes al servicio de Antíoco III); Diod. XXVIII, 1, 1 (uso de Dicearco en las Cícladas por Filipo V); Pol. XVIII, 43 y Liv. XXXIII, 27 (asesinato del líder beocio promacedonio Bráquilas).

106- E. J. Hobsbawm, *Bandidos*, (Trad. Esp Barcelona 1976), 101 y ss. Mendels, *op. cit.*

107- Pol. IV, 58 y IV, 62 (interés por el botín). XVIII, 27, 4 (quejas romanas por el saqueo del campamento macedonio en Cinoscéfalos); Liv. XXXII, 13 y 14 (descontento de Aminandro por su afición al saqueo y el consiguiente descuido táctico), también Liv. XXXI, 41.

108- Pol. II, 43, 9; II, 45; II, 46, 3; II, 49, 3; IV, 3, 5; IV, 6, 12; XI, 4; XVIII, 34 y 55.

109- Pol. XIII, 1.

110- Pol. XIII, 1a.

111- Pol. XIII, 2. Sobre las consecuencias, F. J. Gómez Espelosín, "Oportunismo y demagogia. Los ecos de una reforma frustrada en Etolia", a aparecer en *HA*. J. L. O'Neill, "The political elites of the Achaian anaetolian léages", *Ancient Society*, 15-17 (1984-86) 45-54.

- 112- Pol. XX, 10, 4.

113- Pol. XXX, 11; Liv. XLII, 5; Diod. XXIX, 33 (conflictos internos en Etolia). Liv. XLI, 25 (la masacre de Hipata).

114- Liv. XLIII, 17, 5; XLI, 2, 2; XLI, 27, 6 (*rabies gentis*).

115- Así entre otros G.A. Lehmann, *Untersuchungen zur historischen Glaubwürdigkeit des Polybios*, Münster 1967.

116- Sobre la validez básica del testimonio polibiano, Pédech, *op. cit.*, 599 y ss., Cl. Preaux, *Le monde hellénistique*, 2 Vols. París 1978, 80 y ss. Walbank, *El mundo helenístico*, Madrid 1985, 8, entre otros.

117- Gómez Espelosín, "Política griega y maniobras romanas: un balance político de las relaciones entre Roma y la confederación etolia", a aparecer en *Latomus* (1989).